

46759

ALBERTO ESCUDERO

*De mi jardín
á los trigales*



EDITOR C. ALBERTO GUIDA

FLORENIA 487

BUENOS AIRES

1909

Exposición J. L. Trenti Rocamora

Sig. 46 - 1 - 28

DE MI JARDIN A LOS TRIGALES

ALBERTO ESCUDERO

De mi jardín á los trigales,

A mi amigo Juan Andrés Bigliani, Cor-
ballero del Arte.

Alberto Escudero



X - MCMX.

EDITOR C. ALBERTO GUIDA

~~FLORIDA 107~~

BUENOS AIRES

1909

A mi madre

No hermosas rimas, de cadencias vanas,
Sino el beso de todas las mañanas.

IMPOTENTE

Temo que hiera ~~tu~~ ³oído ¹sútil
mi verso rudo y fuerte,
tu oído acostumbrado ~~ala~~ armonía
de las arpas y fuentes.

Y me pesa rimar con las palabras
del lenguaje terrestre;
porque sé que tú cantas los vocablos
de los mundos celestes.

¿Cómo alabar con mis palabras rudas
tu hermosura de Oriente?
¡Precisara un lenguaje engalanado
de primorosa veste!

De esas dulces palabras que tú sabes,
tan dulces como eres,
una sola, hace poco que atesora
mi lenguaje rebelde.

Bien sabes que hay pájaros que al nido
regresan con los meses,
trayendo al lar dejado, de otros climas,
primaveras rientes.

Esa dulce palabra es una ave
ida de tu alma alegre.
¿Volverá á tí llevando como símbolo
palmas y olivos verdes?

NUESTRO QUERER

Te quiero porque me quieres
y mi amor está en quererte,
como te quiere mi suerte
que, te quiere como tú eres.
Si mi querer tú creyeres,
muéstrame tu gran querer;
que no lo quiero creer
hasta sentirte el «te quiero»;
y si me quieres entero
nuestro querer podrá ser.

HÁGASE TU VOLUNTAD

—Cállate Alberto, no hables de la muerte:
es tan triste morir
en esa edad florida en que uno tiene
que gozar y reír!

—Es que sufro y desprecio, odio esta vida
do no baja un Luzbel
para engañar mis mortecinos labios
con gotitas de miel.

—No te quejes—te pido—de la vida,
mira que puede oír
el Ángel de la Muerte tus anhelos
y hacerte sucumbir!

—Oye: Una vieja me contó una historia,
como tú de ilusión,
que dice que el que sufre en esta tierra
goza en azul región.

Y desde entonces, sin buscarme penas,
no maldigo el dolor;
¿por qué entonces envidiosa, me retienes
si voy donde mejor?

¡No contestas!—Palabras ya no pueden
cambiar tu aspiración.
¿Buscas un cielo azul? mira mis ojos,
cantan una ascensión. . . .

ADMIRARA

Cantara las auras, las joyas cantara
que trae Primavera con grato esplendor,
y en verso armonioso, de rima muy rara,
los campos llenara de orgullo y de sol.

Pisando las aguas de limpio arroyuelo,
metáforas viera salir del raudal,
que, simili tuvieran el mágico anhelo
de hallar en la vida, delicia de paz.

Siguiendo camino por vega florida,
hallara bellezas y luz al jardín,
y alegre encontrara risueña la vida
al beso del aura, voluble y sutil.

La trémula Luna, que trenzas desata,
que caen desflocadas en hebras de luz,
cantara mi lira, con frases de plata,
en noches ansiadas de suave quietud.

Todo esto aplaudiera, creyendo ambrosía,
si no te encontrara, belleza de amor
sentada en un trono de luz y armonía,
quemando las almas con ojos de sol.

AL AÑO

1907—II—1908.

Un año, querida mía,
un año que os conocí,
un año que os llevo en mí,
un año que el alma fia.
¡Un año! yo lo quería,
pues que yo sé que en un año,
—verdad como año ido—engaño
da mujer; como año meses
cuenta en el año reveses.
Año más, y ~~ta~~ ^{¿ta} el rebaño?

DECEPCIÓN

Siempre se presta, fecundo, el río
al llamamiento del estéril llano;
y se envanece el cálido desierto
de las gárrulas fuentes del oasis.

Peró, mojada apenas la llanura,
el sol más seca sus abiertas fauces;
y cansado el desierto de las fuentes
con grito inmenso llora su desgracia.

Yo no puedo vivir, mujer, ¿lo escuchas?
con las promesas que me hiciste otrora
y tu suave mirar de casta virgen.

Dí tus amores, joven, pues los tienes;
y hablen también á par tus verdes ojos:
Solo entonces, amada, seré el de antes.

COMO LA ABEJA

Cuando tiene la abeja edad cumplida
para empezar su libación de flores,
el vuelo tiende junto á sus mayores,
brindándole una flor dulce guarida.

Cifra en ella vivir toda la vida
al calor de sus néctares y olores;
más ¡ay! que pronto truécase en rigores
la delicia primera prometida.

Así tambien perdí mi bien soñado.
Este pesar consuelo en mi alma deja
que me dice, prosigue y siempre ama.

La flor que hoy para ti se ha marchitado
tú le has robado el néctar y ya es vieja
y tú puedes volar de rama en rama.

IMPROVISACION A LO AZA

Un hombre que se ha matado
por yo no se qué historieta;
una niña muy inquieta
que de su casa ha fugado.

Un ministro que renuncia
y un diputado cesante;
y un ilustre visitante
que su viaje nos anuncia.

Un horrible asesinato
por unas cuantas monedas;
un coche que entre sus ruedas
despedazó á un mentecato.

Un doctorcillo que grita
por el arte en decadencia;
un hombre que con paciencia
está esperando una cita.

Son cosas que muy á diário
se suceden sin cesar;
y vemos, como el pasar
de las cuentas de un rosario.

Cosa que nunca sucede
es que en un segundo escaso,
al pasar uno de paso,
el sentido se le enrede.

Y caiga uno enamorado
y con amantes enojos,
por el mirar de unos ojos
que en nosotros se han fijado.

Pero ¿quién no se ha rendido
por una mirada, dime,
si una sonrisa sublime
de una boquita hace un nido!

NOCHE DEL 17 DE FEBRERO

Embargado el espíritu, y el cuerpo
deshecho y fatigado,
imploraban con voces gemebundas
el placer del descanso.

Una cálida noche de Febrero
era, y el viento blando,
mi inspirador á veces de canciones,
no llegaba á mi cuarto.

La Luna, como madre cariñosa,
llevaba en su regazo
una corte de nubes, y á la tierra
negaba el beso cálido.

Un silencio no propio de ciudades,
hondo silencio amargo,
al oído educado, á la algarabía,
era el vacío nato.

Símil algo á la nada era la noche;
la languidez dejando,
subí con paso firme á la azotea
en busca de algo grato.

Bebí en ese lugar, propio del pobre,
tonificantes tragos,
y besaron mis sienes, cariñosos
vivificantes hálitos.

Como se inclina, delicada y bella,
la flor del invernáculo,
al ventanal, para mirar curiosa,
la delicia del campo.

Así, radiante, hermosa, dulce y buena,
la sonrisa en los labios,
entrebrió delicada la ventana
con sus virgíneas manos.

Y la ví que, buscaba con sus ojos,
ojos que dicen *amo*,
primero por la calle silenciosa
sin duda algo esperado.

Y con una tristeza que hirió mi alma
alzó luego los párpados
y buscó su mirada en las tinieblas:
á mi! Dios grande y santo!

Las ~~que~~ nubes, que empañaban á la Luna,
cediendo á su quebranto,
se disiparon, como enjambre loco,
de deseos humanos.

Y al rasgar las tinieblas la luz pálida,
como fulgor de un astro,
se posó su mirada entre las mías,
y, desde entonces amo!

En la risueña noche del deseo
¿brillarás luna tanto?
¿ó dejarás que mi esperanza muera
como licor volcado?

FIBRAS DEL ALMA

Siento en mi pecho,
que está deshecho
por honda pena; -
siento un dolor.
Dime morena,
dime paloma,
dime en tu idioma
si es por amor.

Siento en mis ojos
fantasmas rojos
que en mudos gestos
me hablan de amar.
Me dejan restos
de sus conquistas;
me dejan listas
para empezar.

Listas muy bellas
de todas ellas,

con sus costumbres,
con su rubor.
Ardientes lumbres
tienen sus hojas,
son todas rojas
por su calor.

En una de esas,
con letras gruesas,
estás escrita
con arrebol.
Dame una cita
para mirarte;
para adorarte
como á mi sol.

(Tiene vil mengua
mi franca lengua,
si no te expresa
toda verdad
Esta pavesa
que arde en mi alma,
no tenga calma
si es falsedad.)

Siento en mi pecho
un nudo estrecho
que anuda fuerte
fibra de amar.
Esa es mi suerte
desde hace días,
que mis porfías
no hacen cejar.

En mi desvío
busco con brío
algún narcótico
para dormir.
Como un exótico
me hallo perdido;
solo hallo nido
para sufrir.

Busco en mi estancia
una vagancia,
bella floresta
donde olvidar.
Siempre esa orquesta
de informes plasmas,
esos fantasmas
dicen amar.

Vuelvo á mis lares
con mis pesares
para mirarte
tan solo á tí,
para explicarte
de ardiente modo
que sufre todo
dentro de mí.

¿Por qué no me oyes?
Todo desoyes
y siempre dudas
mi ardiente fé!
Siempre te escudas
si hablo de amores;
finges temblores
no sé yo qué.

Dices amarme;
finges llevarme
con tus antojos
á dulce Edén.
Esos tus ojos
nunca son fieles,
imitan mieles
donde hay desdén.

Dime tú entonces,
alma de bronce,
¿en dónde puedo
buscar amor?
Si yo no cedo
en mi desdicha,
¿próxima dicha
me da valor?

No sientes, dime,
pasión sublime
que te arrebatara
tu corazón?
y no te mata
sus dulces voces
que claman goces
en su expresión?

Mujer, ya cedo;
luchar no puedo
aunque yo quiero
con tu desdén;
un mensajero
vendrá entretanto
y á mi quebranto
pondrá sostén.

Será el que diga:
«tu mal no siga,
está ella triste
á su pesar;
tú la aflijiste
con tus verdades,
y sus maldades
la hacen llorar.»

Pero yo siento
que ese lamento
jamás mi oído
lo ha de escuchar;
pues un pedido
de tu alma noble
será el que doble
nuestro pesar.

PERO . . . ME AMAS, MUJER !

Tú me ämas, mujer; yo lo comprendo
en el revoloteo de tus ojos,
y me vienen diciendo
tus furtivas miradas mil antojos.

Tú me ämas, mujer; cuando me encuentras
sientes en tu alma un escozor inquieto,
y sales y te entras
de tu balcón, cual femenil secreto.

Tú me ämas, mujer; con tu sonrisa,
como se esconde el hálito en la sombra
en la tarde indecisa,
se te escapa un suspiro que me nombra.

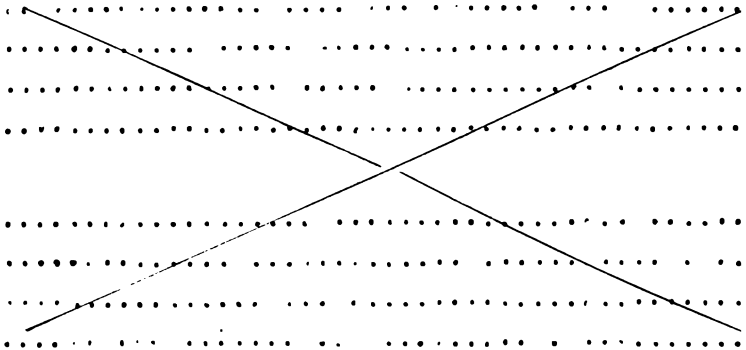
Tú me ämas, mujer; de tu alma terma
cayó un día en mi alma tu desvelo;
fué tu queja una enferma
que se acordó de un dios, y fuese al cielo.

Pero yo se que guardas con dulzura
un ramillete augusto de otras flores,
que te hablan de ventura,
que te recuerdan plácidos amores.

Seductora mujer: mucho te quiero
para no ansiar tu bien en esta vida;
escoge tu sendero,
y si es preciso de mi amor olvida.

LAS TRES GRACIAS DEL AMOR (1)

IDEALIDAD, ESPERANZA Y REALIDAD.



(1) Quemé esta poesía en una noche de desesperación.

REALIDAD DESVANECIDA

I

Hoy mirando las sendas silenciosas
de aquel jardín que matize de rimas,
me acordaba de tí; flores y cosas
que tú mirabas, me inspiraron glosas:
de tu partir, en lágrimas oprimas.
Mas, como alma que el cielo hasta las simas
arroja de Satán, murió mi goce
¡porque la ingrata de su altar me arranca!
¡porque rehusa pérfida mi roce!
¡como bestia que al amo desconoce
y sus dos hombros hoscamente enanca!

II

Ese amor que fué en mi eterna ansia
de convertirlo en ley, ser mi tesoro,
era noble ideal.

Voy en vagancia
por los campos de Dios; ni á la distancia
veo el Faro lumínico de oro.

Ya amor no le prodigo ¡hoy le lloro!

Envío:

Cantaré en las cabañas del camino
el verso aquél, que te halagó al exceso:
recordando tu cambio repentino
amor que se me dé, será mi vino.
Cuando seas feliz, mándame un beso.

Diciembre de 1908.

AL ENAMORADO QUE HAYA LEÍDO

¡Enamorados, no os digais mis versos; ellos son mi corazón, no es el vuestro!

Enamorados que no concebís el amor sin el verso, no seais amanuenses de mis lirismos; no se los mandeis á *tu* sentimental coqueta suburbana. Mandadle, si os insinua su amor de artista, una de esas postales con frases amorosas estereotipadas. ¡Sed sinceros; Leedlo á Carlyle!... ..

MUDANZA DE ALMA

I

Era como un culto lo que por ella tenía. Amante de lo ideal, esteta, su corazón había vencido á sus conocimientos, á sus aspiraciones.

Los ojos de *ella*, de mirar lánguido y parpadeante, su voz de cristal, armónica y suave, le habían enamorado y hoy, despues de un año, el mismo amor la profesaba. Bien es cierto que había encontrado en ella un caracter distinto al suyo, romántico y comunicativo, ella le amaba, no había duda, su particular empeño en agradar á todos, en arreglarse, lo demostraban; pero, era el suyo un caracter reservado y, hubiérase dicho que era una mujer de hielo á no tener esa voz, de un timbre metálico sin igual, que subyugaba y hacía presa de corazones sin quererlo.

Varias veces sintió su amor entibiado y hubo tiempo en que dejó de verla; pero reflexionando la volvía á amar. Su alma pura, salida de lo común,

extraña para muchos, no concebía, y hubiera sido para él un crimen dejar á una mujer que le amaba.

Varios, artistas como él, la conocían porque él orgulloso la mostraba. En discusiones estéticas en que cada cual exponía sus pareceres y contaba las perfecciones de sus respectivas Venus, se había negado toda belleza artística á la suya y, para colmo, que su amada no pasaba de ser un tipo de lo más vulgar, bien que él diese origen á esos incidentes á raíz de sus desmedidas ponderaciones á ella, que los otros, atacado su amor propio, no podían aguantar.

El, arrogante, de palabra convincente, de alma pura, se defendía: El Amor no es el Arte, había dicho, bien que el Arte necesite del Amor; seré yo esteta, pero nunca en cuestiones del corazón.

II

Sentado en su mesa de trabajo, después de haber consultado uno y otro libro de tiempo antiquísimo. que su biblioteca guardaba, borroneaba el papel. Ese olor peculiar de libro viejo y el continuado trabajo del cerebro, le arrebatában las sienes; dejó el escritorio y lleno de nostalgias é ilu-

siones bajó al jardín para recibir con los últimos rayos de la tarde, ensueños de esperanza, en forma de himnos, de trinos y de arrullos, cantados en coro por las parleras aves de la selva, y purificantes—si los necesitaba,—para su alma, al ver cerrar sus broches á las flores ante las tinieblas cercanas de la noche. Ese era el marco que le cercaba. Hacía tiempo le era necesario ese momento de descanso, pues sino sentía un ahogo de viejo; su hermana aprovechando esos instantes de recreo, se le unía, y, juntos los dos, charlaban con tema inagotable.

—Hoy he conocido á *ella*, díjole su hermana, con frase atrevida y meditada.

—Cómo! ¿Has conseguido su retrato?

—No, pero te aseguro que no lo hubiera hecho mejor el más afamado fotógrafo, que lo que nuestra amiga Josefina, nuestra querida Josefina, con su galana palabra. Se ha revelado hoy una ágil retratista.

Siguió un silencio. Retratista! y el recuerdo de sus amigos y su obcecación por el arte se despertó; su amor sobreponiéndose á todo, sus momentáneas flaquezas prontamente desechadas, todo venía á su memoria.

—Qué te pareció ella según ese retrato? Fué

fiel Josefina en su pintura? dijo, rompiendo el pesado silencio.

—Oh, así lo creo, no tiene porque hacerlo mal amigas desde la infancia, se quieren. ¿Me pides mi opinión? Te la daré, pero acuérdate que Josefina hizo el retrato, yo lo critico. *Ella* no parece como dices, ser tu ideal; lo sé por tu carácter, por el de ella, es más bien lo que tú dices amor, un respeto, una unción por la mujer que te ama, ¿qué te ama? ¡Sí! porque se cree amada; pero prueba á dejarla, sé sincero contigo mismo y esa flor histérica de sugestión, sin una lágrima, sin un gemido, pero con odios de sirena vencida, atraerá á sí al primer efebo que se idealice en la armonia de su voz y ¡ay de aquellos ojos que se encuentren con sus ojos! porque ellos le arrebatarán miradas que sus párpados veloces encubrirán en el fondo de sus pupilas, pupilas tuyas que de paisaje inmóvil se tornarán en jardines lánguidos de violetas y malvas.

—No sigas; también Josefina! también tú!

Y dejando ese sitio se internó en una tupida alameda que acababa en un bello y fresco jardin de Primavera, donde solía quedarse Josefina juntando flores con que adornaba sus provocantes senos, bello resalte, y complemento de la ufanía y limpieza de su rostro.

Quería reprocharla, sacarla de su error, desahogarse de su pena, decirle cuanto á sus labios asomase.

Llegó. Todavía recibía el jardín las últimas caricias fecundas del Astro. La esplendidez, la poesía de ese parque visto en esa hora, le tomó de nuevo; nunca así lo hubiera soñado.

Josefina á unos pasos, deshojaba de espinas y hojas secas las flores delicadas, restos que echados á una limpia fuente, formaban una serie de ondas que á perderse iban en un juncal tupido, donde quedas quejaban amarguras, imaginando grupos de ondinas no igualadas que, ante la vista de la bella rubia que les quitaba su supremacia, huían cabizbajas modulando apenas himno de derrota.

Se acercó y un profundo suspiro que no pudo reprimir fué su señal de llegada.

Quiso hablar y explicar su encuentro y un cerrar de ojos de ella no lo quiso.

Sus corazones latían al unísono. Avanzaba el poema. Una brisa, pesada de perfumes, levantó la rubia cabellera de Josefina, cuyos ondulantes rizos coronaron de deseos la frente del joven que tenía subyugado.

Momento ideal aquel en que el alma vive vida intensa!

Se comprendían, pero, como embargado, satisfecho el espíritu, callaban.

Un cuadro de suprema poesía los despertó. Dos pajarillos revoloteaban encima la fuente llenando con sus trinos los ámbitos todos del jardín. Ellos los miraban. Después de un rato esos divinos maestros que Cupido soltó de sus regiones azules para enseñar Amor, se asentaron frente á ellos, en la flexible rama de un rosal y allí, en el silencio del oscurecer de la tarde, uniendo sus picos, se besaron.

Ellos se vieron retratados en los pájaros y... el eco se difundió.

LA CENA

Tendida está la mesa, oliente gusto
se escapa de las fuentes y sopera;
sentada la familia toda entera
charla y comenta con la paz del justo.

Aunque un hombre nos sirve que es un susto,
la calma de la mesa no se altera;
y corriendo la dicha placentera,
la cena acaba sin ningún disgusto.

Y si el padre está alegre y cariñoso:
mientras comemos y tambien charlamos
burbujeando pasa el espumoso.

Pero si grave asunto le entristece,
respetuoso silencio le formamos,
y todo, junto á él, mudo parece.

14 Mayo 1907.

MISA EXPIATORIA

A LICIO.

A los piés de un Altar, con los respetos
que siempre inspiran sacramentos santos,
á arrodillarse van seres magantos
de caracteres pecadores netos.

Y abstraídos en célicos objetos
mascullan, religiosos, duros cantos,
que acompañan despues con mudos llantos
por borrar, quizá, crímenes secretos.

El sacerdote, con unción sagrada,
rememora el Sangriento Sacrificio
de aquél Dios que los hizo de la nada.

Y así también ahora, caro Licio,
baja la Majestad Inmaculada
y por ellos, ofrécese en Oficio.

CON LA ÚLTIMA PALADA

Cayó en su ley el campesino rudo,
el que labró en la tierra su sustento.

Va el viejo carricoche, á paso lento,
quejoso todo y de esplendor desnudo,
y lo sigue un cortejo corto y mudo.

Los trigales 'doblados por el viento
parece que le ofrecen rendimiento,
con un dolientè, póstumo saludo.

Entre tanto, comienza fuerte lluvia
que hará cuajar al trigo espiga rubia,
y es herencia solemne del extinto.

Mientras que deja en el camino tinto
su marca el carro, que la lluvia tapa:
Que todo el Tiempo cubre con su capa.

RASGO SALVAJE

Igual que telegráfico mensaje
llegó al poblado un hombre en su corcel,
para anunciarle que, un malón salvaje
haría ruinas y saqueo de él.

Comovida la aldea, su ropaje
vistió de guerra á la noticia cruel;
mientras avanzan, prediciendo ultraje
aligeros los indios en tropel.

En los dinteles mismos del poblado
contuvo á su malón el jefe airado
y su potro paró con majestad.

Besó á la bella jóven restaurada,
bájola, dióle honores su mesnada
y... la tribu volvió á su inmensidad....

A UN «PLANCHADOR» EN NOCHE DE CARNAVAL

Qué quieres, dí, sujeto impertinente,
que me miras extraño y azorado,
riéndote imbécil, solo allí apartado
por desprecio y por burla de la gente.

¿Tu intelecto de estofa acaso siente
el desprecio de verme así bañado,
por el dios Momo, mientras tu planchado
vais de piés á cabeza dandy ente?

Huye presto del templo de alegría,
y no creas triunfante tu figura,
porque no lleva el sello de este día.

¿No comprendes ¡oh tú! vago fantoche
que has sido diversión de la hermosura,
y que yo le he gustado larga noche?

RAPTO

Confiado á los arcanos de la noche
y en lobreguez instigadora hundido,
perturbando el silencio del dormido
desierto, holló su inmensidad, un coche.

Fustigando el cochero á troche y moche,
hace ir el locomóvil cual zumbido;
dentro se oyó un insulto y un gemido,
una súplica luego y un reproche.

Oyó ese campo inmenso, desolado,
dos risas que guardó con desconsuelo,
y que aun repite cuando está de duelo:

La risa idiota de un varón burlado
y la sublime carcajada loca,
de una mujer de honor y alma de roca.

UN FAVOR

—Mamita querida, pobrecita enferma, ¿quieres que te cure con esa agua del cielo de que están llenas las tinajas, con la lluvia de anoche?

—

—Porque el boticario, al verme tan roto y compungido se ha negado á despacharme los remedios si no se los pago antes.

--Y no hay dinero?

--Pocos centavos hay, y cinco le tengo que dar á Calzeta porque vendí un diario y, las ganancias son á medias.

En un pobre cuartucho de los arrabales, lindero con los de la degradación y la miseria, de los cuales estaba separado por un riacho inmundo que, llevaba las aguas pútridas de los montones de basura á los pantanos bajos, y, moralmente separado por la delicadeza santa de una familia humilde que á través de acerbos vicisitudes, se conservaba incólume tan limpia y pura como maestros sencillos

la educaran en los días de escuela, entre la madre enferma por el rudo trabajo y la desgracia, y el hijo de nueve años que arrastraba muleta, se arrastraba pesado y desgarrador, el diálogo descripto.

Ni un sér más, ni un mudo testigo contemplaba la escena; tal si dos estrofas sublimes, precisaran en medio otra de ayuda para ser inmortales.

—¿Qué día es? balbuceó la enferma.

—Ha de ser lunes: un muchacho me pegó hoy por que le di un diario del domingo; mirá mamá, todavía tengo colorado—le decía, á la enferma mostrándole la frente—pero yo me puse en seguida un pañuelo mojado y creo que ese remedio amenguó mi dolor: ¿por qué no crees entonces que á tí también pueda curarte con un poco de agua?

—

Lunes; pensaba la pobre mujer que faltaba todavía una larga semana para el regreso de su esposo, el marino; y, al acordarse de su compañero de infortunio; olvidó el tiempo que los separada, para acordarse solo de su grato regreso, del momento feliz en que vería á su marido ¡oh sí! lleno de los frutos del viaje; pero, una puntada más aguda que las anteriores, la volvió á la realidad, como un fúnebre lampo que rasgara los cielos en los momentos solemnes en que aparece el arco iris de paz.

Pobre madre! digna eres en ese momento de los elogios á Job, de aquel Job que escarbaba con sus dedos sus úlceras profundas, hallando en esta extraña sensación los deleites futuros que su alma experimentaría en la hora del eterno vuelo cuando, purificada ya por los sufrimientos terrenos, fuese á gozar de la bienhadanza eterna, junto con las deidades, en el amparo azul.

Por inmutable coordinación de ideas fué retrocediendo desde aquel momento el camino de su vida y parándose en aquellas postas que fueron felices, en aquellas aciagas y largas. . . . Otra puntada enervó de nuevo su pensamiento; pero, otra vez en marcha, se detuvo complaciente en aquel hecho sencillo, en que el futuro hiciera la compra de ella: el cambio de los anillos lisos.

Aquella prenda adorada, introducción de un poema, parecía querer saltar de su dedo cadavérico, como única salvación á prolongar un epílogo que llegaba.

—Pero, mamita mía, te quiero curar pronto ¿qué te hago?

—Hijo, con los pocos centavos que tenemos, toma el eléctrico y corre á ver si te dan algo por mi alhaja!

No precisaba más palabras; ya él sabía cómo conseguir dinero; en otra ocasión, su padre le había sa-

cado una cadenilla que llevaba al cuello y había visto que le daban por ella dinero y con él, su padre compró pan y legumbres.

Salió y tomó un tramway; á poco andar vió al boletero indeciso, con papeles y monedas en la mano, mirando á los pasajeros como queriendo recordar de quién era aquel vuelto; todo era inútil, su memoria callaba; había ido de una parte á otra del tramway y nadie se lo había reclamado; preguntó á un pasajero: de él no era. El pobre cojo estuvo en un tris de pedirselo pero, cómo le creería?

El bolétero se le acercó, y como dudando: ¿este vuelto es suyo?

—Sí, hombre, le respondió resuelto el chico, y páre que ya bajo.

Paró el coche, y al emprender de nuevo la marcha, el repiqueteo de la campana sonó en los oídos del muchacho como las pulsaciones de un corazón robusto.

II

Al día siguiente, al entrar un vigilante y un particular al cuarto de la enferma, encontraron á ésta, cariñosa, cubriendo de besos á su hijo.

III

✓ Pero en fin, como veía la pobreza en que realmente estaban, aunque el anillo convertido en dinero no representaría el valor de lo tomado ilícitamente por el niño, se lo llevaba, pues creía hacerles así un señalado favor.

EL POETA Y EL MUNDO

(PARA UNOS CUANTOS QUE ANDAN POR AHÍ).

Lejos quisiera vivir
de los ruidos mundanales
para no sentir los males
que hacen al alma sufrir.
Donde fuera el existir
sin decaimientos ni lloro,
pues nunca será un tesoro
para el que á feliz aspira
la pobreza que lo mira
entre la dicha y el oro.

En un mundo que regido
por sabias y eternas leyes,
no gobernarán los reyes
ni tirano fomentido.
No es lo ideal lo que pido
ni en eso sueña mi mente:

busco y quiero únicamente
una terrestre comarca
do no tenga el mundo marca
de torpe ni indiferente.

Pasó el siglo extraordinario
de los inventos fecundos,
cuando cerebros profundos
tocaron lo imaginario.
Hoy es un siglo embrionario
sin ideas arriesgadas;
ya no hay las grandes jornadas
por la verdad de la idea:
hoy brilla ambiciosa tea
sobre las glorias pasadas.

El servil mercantilismo
se ha apoderado de todos,
y no se elevan dos codos
sobre ese profundo abismo.
Cada uno para sí mismo
va en busca de bienhadanza,
y cuando su sueño alcanza
ve que viejo, y encorvado
en su pecho se han secado
las fuentes de la esperanza.

Positivismo mortal
invade con voz de mando,
y va aumentando su bando
como el del Hado fatal.
Y la sociedad actual
á su aparente belleza,
muda inclina la cabeza,
y la dulce poesía
para ella no es armonía
ni distinto de nobleza.

Maldito sea, maldito,
quien quiso abrimme una brecha
en mi dicha satisfecha
con el dardó de ese rito.
Ni la voz de lo infinito,
ni el huracán de mi verso,
ni el odio del universo,
á todo réprobo culto,
serán suficiente insulto
para aplastar al perverso.

Oh! sanguinaria canalla,
vuelve á sepultarte, vuelve,
y entre el lodo que]te envuelve

no quieras alzar tu talla.
Mi odio inmenso te batalla,
te desprecia y te aborrece,
te persigue y te encarnece,
y hoy, al cortarte tus alas
de tu cuerpo bajo, exhalas
la escoria que te envilece.

Hazme herido mas no importa.
¡Oh canalla, miserable!
y la herida de tu sable
me hace grande y me conforta.
¡Dichoso que en edad corta
he probado tu ignorancia!
¡ruín que vistes elegancia
para ocultar ciencias fofas!
¡Para eso son mis estrofas
para abatir tu arrogancia!

Y no asomará á tus labios
una burla á mi arte bello,
y porque lleve el cabello
largo, sin miedo de agravios.
Serán los míos resabios,

tal vez de tiempo remoto;
mas ¡ay! que cuando yo noto
que al mundo ata una coyunda,
no quiero que él me confunda
como hijo del terremoto!

Noviembre de 1907.

VOZ DEL SIGLO (1)

¡Sea el siglo mi ley, no mi tirano!

SANTOS CHOCANO.

A Juan José Frugoni.

....Y dudó el mundo un día, y los altares
cayeron, como caen los peñascos
sin dolor y aun con grito de alegría;
rodaron hechos cascos
arrasando á su marcha los lugares
destinados á iglesia y sacristía,
y si quedó sobreviviendo Cristo
fué porque Cristo le sirvió de guía.

(1) Leída por José M. Spallarossa en la velada cívica del Club Aristóbulo del Valle, el 29 de Enero de 1909.

Nuestro mundo era un árbol cuyo tronco
jamás había su corteza visto
cambiada por completo,
y, el día aquél del estallido ronco,
en el mundo reinaron otros climas:
arrojó el árbol su ropaje: escueto
quedó clavado en las enhiestas cimas
á prueba y á rigor de la intemperie.

Y vinieron legiones, serie á serie,
de cerebros gigantes, luminosos,
á guardarle calor con sus ideas
y encender á sus pies rojizas teas
para contrarrestar fríos odiosos,
y, gracia á esos cuidados generosos,
cambió el árbol corteza.

El pueblo siempre tardo, más sereno
en sus juicios, las lóbregas cavernas
dejó de la ignorancia; el antro, lleno
se vió de las potencias de los soles
¡donde llegaban antes arreboles
tan solo de linternas!
La cascada en lo oscuro ¡que de internas
luchas tendrá con los astutos genios

que le impiden salir! pero el gigante
siempre vence y se impone, y arrogante
sonora la cascada, de esos reinos
se aleja para siempre y por el llano
proclama la caída del tirano.

Ya lo teneis al pueblo, como un prisma,
fulgurando reflejos y reflejos
del sol renovador: del amplio cisma;
y ya el cerebro universal se abisma
en hondas reflexiones, en ir lejos.

Como alquimista puede eu sus balones
combinar cuerpos fuertes con mezquinos,
y despues de espontáneas transiciones
surgir otro con nuevas distinciones
y marcado también con nuevos sinos.
Así el balón-cerebro de divinos
hombres, creó con las caducas leyes
otra filosofía, otra doctrina
que elevara á las cumbres á las greyes,
no que marcharan como torpes bueyes
en que nada sus sendas ilumina.

El pueblo no es ateo y eso basta
para que se ame al pueblo y se le ayude.
Cifra él un ideal, pues que él se escude
en su ideal, que el ideal es vida;
no importa que su ciencia sea basta,
como en la selva, en su razón tupida,
—por ley inexorable de su casta--
á veces no penetra luz fecunda.

Ah! no me deis esa caterva inmunda,
nunca á mi pueblo halague su oropel,
la que vé su ideal en el dinero
la que al dinero adora.

Pueblo! vibrante, como corvo acero,
dí que, la ävaricia no atesora
de bienes materiales tu gran alma,
que vale más una tranquila hora
de enseñanzas y estímulo al espíritu,
que un largo día en la enervante calma
de divanes, licores y sahumeros.

Mas ¿quién penetra el Porvenir? ¿quién sabe
desentrañar del alma sus misterios?
cuando remonta el vuelo ¿acaso el ave

predice vientos varios, clima suave
ó contratiempos serios?

Vivamos del Presente, más no presos
que no podamos caminar á veces
á lo Ignorado, en busca de embelesos;
antes de apurar hiel hasta las heces,
busquemos un licor; busquemos besos
si presentimos con el mal, contienda,
que un beso es la mejor, la única venda.

EL HAMBRE

A Emilio Lascano Tegui, en Paris.

Con el cuerpo aterido, de llagas cubierto,
con el cuerpo doblado por penas horrendas,
con un sórdido trapo que cubre sus carnes
va cruzando despacio, del mundo las sendas.

Y camina y no para, ni en noche, ni en día,
y los campos recorre de ricos y pobres:
á los pobres dejando miserias y escombros
y el orgullo á los ricos que cuentan sus cobres.

Infortunio del pobre, le dice la gente,
y mentira, no existe, replicale el rico:
no es posible que nunca al humano, el pan falte;
¡y por hambre su gnomo soltó su abanico!

De los regios jardines de aquel gran magnate,
entretanto es echado con viles desprecios

el hambriendo mendigo que pide limosna
porque á todo, el magnate, le pone sus precios.

Cae inerte á los suelos, hambriento y siu vida
y en la yerba ¡ay! encuentra su póstero lecho,
mientras toma de nuevo sus armas el Hambre
y se sacia en otro hombre y anida en su pecho.

Y no entiende quien sea: mujer ó una niña,
él á todos les clava su dardo, bien listo,
que penetra en las carnes punzante y despacio,
como el dardo que horrible clavaran á Cristo.

Y se goza ¡ay el Hambre! y son ¡ay! muchas veces
y se ríe mostrando forzado contento,
cuando hermano á hermano desprecia con burla,
cuando aún llega á negarle que dé su lamento.

Y son muchos los años y muchos los siglos
que sentida su queja, la echaron al aire:
¿y no nacen las flores en ásperas rocas,
y naciendo entre piedras, no lucen donaire? '

Cuando el alma, hoy vácía, del hombre, socorra,
y á saraos se sigan los útiles fines

Caridad ¡ah! entonces por toda la tierra
la caída del Hambre dirán tus clarines!

Entretanto aterido, de llagas cubierto,
con su cuerpo doblado por penas horrendas,
con un sórdido trapo que cubre sus carnes
va cruzando despacio del mundo las sendas.

* * *

A Rodolfo Freire (h).



Cuando á veces errante en mi camino,
con alma preocupada y dolorida
buscaba ansioso fraternal guarida,
como techo el exhausto peregrino.

Desperado, lanzábame sin tino
á buscar en el mundo una acogida,
y tenían en mi alma una cabida
su parecer y su engañoso sino.

Pero hoy, poeta amigo, tu experiencia
me abre los ojos á la luz del día
y á tus razones presto mi obediencia.

Libre, camine pues, el intelecto
y camine con fé y con valentía
para sobreponerse á tanto abyecto.

LA MUERTE DE X



El que hace que su vida sirva
á un bien superior, la salva dán-
dola.

C. WAGNER.

A Fabito López García.

Como dormido, muerto fué encontrado
con los brazos en cruz sobre su pecho,
como quien contra el seno satisfecho,
oprime el bien del alma suspirado:

En la Casa Civil—; triste ironía !
un hombre joven de facciones puras;
quiso morir sobre las leyes duras,
pero invocando á Dios en su agonía.

Buscó para eso el pie de un Crucifijo;
y así libró su voluntad suprema
de la historia común de bordar tema
sobre hechos raros con afán prolijo.

Se comprendió su decisión notable
en un escrito de él, de verdad lleno,
más triste, más amargo de el veneno
que bebió con conciencia incontrastable.

No lo quiso firmar, porque sin duda
comprendió que su dolo no era aislado.
Con la cicuta ya santificado
su lectura produjo impresión ruda.

«Ya es preciso, mujer, que yo te diga,
desatando mi lengua del silencio,
que día á día á tí más me aquerencio,
como á rico portal, pobre mendiga.

Desdichado de mí; gozo y padezco
como va lo grandioso á lo reible:
amo, persigo, adoro lo imposible:
¡males así diabólicos merezco!

Como ubicais en el azul del cielo
la grande sensación de lo impalpable,
estudiad en mí al hombre sin el cable
que ata á los seres en el mústio suelo.

¿Cómo cambiar un ancla por otra ancla
á un barco expuesto á recios temporales?
Si está anclado, dejemos que los males
caigan sobre él ¡qué nadie lo desancla!

Fuera lelo de espíritu y meñique
someter frío hierro al mejor yunque;
el barco que navega es porque enjunque
le estibarón los hombres en su pique.

Mi vida es hacia tí, hacia tí marcha:
con marchar silencioso, más tremendo;
va bebiendo en el tránsito—lo entiendo—
el pobre corazón dolo y escarcha.

Jamás rutilan á la luz del día
las nocturnales reinas del derroche:
¡mi pobre corazón vive entre noche,
no alumbra el Astro la existencia mía!

Así como los míseros del charco,
sin sol y sin estrellas en mi cielo
moriré, cuando pidas un consuelo,
que el día muere cuando brilla el arco.»

Tal leyeron la historia del suicida,
tal se explicaron su temprana muerte
los mismos encargados de la suerte
de unir, por mortal ley, vida con vida.

Tan grande fué su muerte, tan súblime,
tan llena de enseñanzas fué su alma
que pondría en su tumba, como palma,
todas las almas flacas que redime.

ADELANTE

Soldados de la idea,
esgrimistas del metro y de la rima,
no desmayeis en la eternal pelea,
dejad el llano y escalad la cima.

Si sufren vuestras almas sinsabores
y herido el corazón y herida el alma,
os esperan rigores
allí donde quisisteis ver la palma,
no solteis de la mano
el arpa colosal de los amores
y alejaos del llano.

Si pulsando vuestra arpa habeis alzado
acentos de concordia,
con el afán que exordia
un mendrugo de pan, un fracasado;
y veis que el pueblo es siervo

y que entre hermanos, sin dolor, se hieren;
á sus fuerzas dejadlos, pues lo quieren,
y dejad al prótervo.

Si vuestro verso deslumbrante clama
contra armas y cañones,
soldados y legiones,
que el espíritu bélico derrama
por todas las naciones;
y veis que el cielo universal se inflama
de rojos resplandores,
y que aprontan á bélicos guerreros
á manejar las armas, los aceros,
al ritmo de atambores:
no ceséis de luchar, ^{si} es preciso
alejaos del llano,
mas no solteis el arpa de la mano.

Entonces pensadores, sólo entonces,
tendréis hecho el camino hacia la cima:
¡escaladlo! que el mundo es una alfombra,
el espacio, un hogar, un techo encima:
el cielo, á cuya sombra
brotarán ruidos límpidos de brónces:
vuestros versos serán y, que los vientos

que en las alturas soplan,
llevarán por los ámbitos del mundo,
al modo que, rodando á lo profundo
del coloso oceano,
una cumbre granítica, su arcano
de vida eterna, el mar les comunica
á las ondas, las ondas y las ondas
(de la mar jadeantes respirares)
que se van, mensajeras de una nueva,
para besar las costas de los mares.

PRIMAVERA

Ya viene hermosa
la Primavera,
la vida entera
renacera;
pero si el hombre
no cambia vida,
la fé perdida
le azuzará.

Aves y flores
con su alegría,
la luz del día
harán feliz;
pero si el lúgubre
no cambia vida,
su fé perdida
le hará sufrir.

Las frescas auras
de los pensiles,
delicias miles
ofrecerán;
pero si el hombre
no cambia vida,
la fé perdida
le besará.

Noches tranquilas,
noches de luna,
serán fortuna
para el mortal:
si el de alma pobre
no cambia vida,
su fé perdida
solo tendrá.

Pero si el hombre
cambia de vida,
su fé perdida
podrá esperar;
y Primavera
de humana calma,
de nuevo su alma
florecerá.

BRINDIS (1)

Soñé, compañeros—no crean mi sueño,
excusa tan solo para este cantar—
soñé que una barca llevaba á su bordo,
á todos nosotros por límpida mar.

Que, el agua tranquila por do navegaba,
alzóla furiosa tremendo huracán;
que el barco imprevisto de toda tormenta,
estuvo en un punto de hundirse en la mar.

Que luego la gente dispersa en la barca,
aunaba sus fuerzas, se unía tenaz,
y arriando las velas, la máquina guiando,
valiente contuvo las furias del mar.

(1) A sus compañeros de estudios secundarios, festejando su bachillerato.

Por los canales del Tigre, octubre 17 de 1907.

Airosa, mostrando sus mástiles rotos,
—heridas que muestran la furia del mal,—
fondeaba más tarde la nave en el puerto,
después de su gira, su lucha en la mar.

Cesó, compañeros, cesó mi delirio,
con este momento de calma ideal,
la barca soñada, ví que era la Escuela,
la Ciencia en las aulas, lo grande en la mar.

Los vientos contrarios: adversos abyectos,
que en vano quisieron hundir al titán;
la fuerza del barco: la fé de lo grande:
el sol limpio y puro brillando en la mar.

Y el premio, seguro final de jornada,
amigos presentes, es nuestra amistad:
el iris risueño brillando en el cielo:
el ave hechicera volando en la mar.

Brindemos entonces, alcemos las copas,
hagamos amigos chocar el cristal,
y que si batalla libramos un día,
triunfemos nosotros cual barca en la mar.

VUELA, MARIPOSILLA.....

Mariposilla hermosa, de mil suaves colores,
que en torno mío ahuyentas quebrantos y rencores:
¡no vueles! sin decirme cabe mi tosco oído
la historia que tú sabes del seno del jardín;
que yo, despues de largos días de estar dormido,
quiero soñar despierto cuentos de rosa y verde;
pues quiero que mi mente algo sutil recuerde
que rompa enhoramala el manto del esplín.

.

Mas santo sea el designio que de mi lar te aleje,
si llegas á la puerta donde mi amada teje
con manos primorosas, de flores y de ensueños,
la grande, la sublime corona del mortal;
y díganle elocuentes tus mágicos diseños:
que escoges de las flores las de mayor aroma,
pues sabes bien que, entonces, una mujer te toma
para tenerte hermosa en copa de cristal.

« En el jardín florido
vivió en un tiempo ido
una feliz pareja
digna del cielo azul...
Su pobre choza vieja,
al márgen de un arroyo,
buscó como un apoyo
un tronco de abedul.»

«Un día, en que las aves
á coro, cantos suaves
á la bondad del hombre
alzaban por doquier;
sonó un bendito nombre
con voz de rebeldía
que á esa algarabía
mudez le hizo imponer.»

«Felices hoy nosotros, mala vida pasamos
—expuso la pareja—en casa de unos amos
que, siempre separados, infames nos tenían
para gozar cobardes nuestra canción de amor;
y ya desesperadas nuestras almas gemían.....
mas ¿para qué aflijiros, dulces, felices turbas?
solo os aconsejamos que aun en mil varias curvas
nunca os poseis curiosas, en trono de un señor.»

«Quedó la historia trunca,
pues desde entonces nunca
despegaron sus labios
para contar su mal;
y allí, como unos sábios
que olviden sus deberes,
bebieron los placeres
en previsión fatal!»

«Cada rincón ó cueva,
al conocer la nueva,
de alegre ó grave dueño,
desde el momento aquél,
tomó entouces empeño
en coronar sus días
con trinos y armonías
que hoy dá todo rabel.»

Mariposilla hermosa, vuela do está mi amada
y dile, con aumentos, esta historia encantada
que ¡quién sabe, de ella, cuánta ilusión bendita
su pasión jubilosa sabrá desentrañar!
Diré entonces que, siempre del céfiro la cuita
es larga letanía de todos sus antojos:
todo eso lo que, al verla, me dicen bien sus ojos.
¡Vuela, mariposilla, vuela para su lar!

MI GLORIA

Loca ambición mi ánimo embargaba
cuando dejé las puertas del hogar,
y solo por las calles caminaba
baja la frente, torpe el caminar.

¡Qué de ideas fluían de mi mente!
cómo salen reflejos de un cristal,
reflejos que, absorbidos por la lente,
forman un núcleo térmico ideal.

Formaron esos rayos, las ideas,
pasando por la lente, la ambición,
un luminar de luces giganteas,
que alojó por un rato el corazón.

Loca ambición! La Gloria era ese punto
que á aturdirme venía en mi quietud,

grave problema, complicado asunto
que no obstante adoró mi juventud.

Y habló la Gloria y ante mí pasaron,
coronadas sus frentes de laurel,
inmortales prohombres, que robaron
luces al Sol, para alumbrar con él.

Ví postradas ante ellas las edades,
ciencias de luz, bebiendo en su saber;
y borrarse en lo azul las tempestades:
del humano existir su Lucifer.

Y me dijo la Gloria, sé como ellos,
sigue su ruta sin mirar atrás;
abarca el Porvenir, vé sus destellos
y serás después de hoy, un genio más.

Y la Gloria se fué, aúreo reguero
deslumbrante cual Sol dejó tras sí,
y entusiasta emprendí ese derrotero
cuyo primer jalón clavaba allí.

Pesado era el camino, la maraña
estorbaba la marcha de mi pie,
pero una herida más, á la montaña,
más me acercaba mi ardorosa fé.

Continué, caminando, el pobre mundo,
sujeto todavía á yugo cruel,
arrojaba á mi paso, á lo profundo
el cáliz del dolor, la fuerte hiel.

Y adelante, brillando en lontananza
la apoteósis feliz, la cima, el sol;
palpable realidad, faro que alcanza
el peregrino que llenó su rol.

Acordé esto vivir, cuando la Gloria
me abandonó en nocturno temporal,
y continuo saltando la Memoria
repetía su voz para mi mal.

«Adelante, que espera de tu númen
esperanza risueña el Porvenir;
no serás tú de aquellos que presumen
que marchar para ellos ya es vivir.»

Entonces caminé; fuerzas ignotas
lleváronme del templo al escalón;
bien que vagando siempre entre mis notas
se durmió en el luchar mi corazón!

Mas siendo mi deber ir adelante,
me conforté con gotas de cordial,
y sentí en mí las fuerzas del Atlante
cuando agita sus olas algún mal.

Y al igual de la tierra, descansando
después que dió vigor, brillo á la mies,
acaricié del prado el eco blando,
fuente de inspiración tiempo después.

¡De cuánto hablaba el eco! rumorosas
baladas y rondeles de carmín,
y cómo se exhalaba de esas glosas
el encanto, la vida del jardín!

Y mujeres de blondas cabelleras
llevando acordes un compás marcia.,
se adivinaba en auras lisonjeras,
que halagaban cual trova musical.

¡Qué hermoso era el jardín! boreal aurora
reinaba allí: la airosa juventud;
nube alguna en el cielo se colora
y es todo rosa y blanco en la amplitud.

Penetraba ya en él, y sus dinteles,
confiados á Cupido, el pie pisó;
y aspirando el aroma de claveles
que con gracia infinita el dios besó,

me perdía en sus ricas alamedas
que alguien creyera el bosque terrenal;
cuando unas voces, que primero quedas,
fueron más tarde voz de vendabal,

me anunciaron, que el tiempo del descanso
habiendo terminado, mi deber
debía continuar, cual el bucy manso
que se somete al yugo del ayer.

Porfiado malestar. El tiempo es falto
para escuchar al alma y la razón
y llamando el deber, el goce salto
que se opone á mi paso, cual montón.

Y de nuevo á la ruta señalada
por el destino en día funeral!
y submergida el alma entre la nada
porque aspira á no ser lo general!

El vergel, con sus bocas cien, me grita
á beber en sus fuentes de marfil;
y la Gloria también me necesita,
que abrazar pues ¿la cumbre ó el pensil?

En esta indecisión, grande y tremenda,
como en oscura noche un luminar,
brilló en mi fría, solitaria senda,
la luz del alma que llegué á olvidar.

Bendita luz del alma! arco brillante
que vierte por doquiera su esplendor,
él puso la mujer en mí adelante
que con sus ojos incendió un amor.

Sus miradas, por hondas, indecisas
dijeron leves á mi oído: Ven
y un suspiro amoroso y sus sonrisas
me coronaron, cálidas, la sien.

RIMA

Poesía, troquel de mis ideas
por un tiempo recito;
otra rimo, en mi sed inacabable,
y la primera olvido.

Pero si por sus líneas corre acíbar,
como nervioso hilo,
—pedazos de mi alma, esas estrofas—
ay! cantándola vivo.

Pero si evoco su bondad ingénita,
mis dolores comprimo
y -aleteando en el verso mi esperanza—
siempre zumba en mi oído.

MI ÚLTIMO BRINDIS

A Carlos M. Pico.

Ven, cariñoso amigo,
no olvides en tu casa tu buen genio;
trae en tu corazón lleno de vida
carcajadas y chismes y consejas.

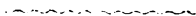
Ven, me verás enfermo,
enfermo y grave, grave pues me río.
Entra por la ventana, con la Luna,
por la puerta me temo entre el Doctor.

Ven, que es noche de brindis,
ven á escanciar licores jerezanos
y antes que brinde el Astro, brindaremos,
por la risible Humanidad doliente.

ÍNDICE

	PAGS.
A mi madre	5
Impotente	7
Nuestro querer	9
Hágase tu voluntad	10
Admirara	12
Al año	14
Decepción	15
Como la abeja	16
Improvisación á lo Aza	17
Noche del 17 de Febrero.	19
Fibras del alma	22
Pero... me amas, mujer!	28
Las tres gracias del amor	30
Realidad desvanecida.	31
Al enamorado que haya leído (nota)	33
Mudanza de alma (cuento)	34
La cena.	40
Misa expiatoria	41
Con la última palada.	42
Rasgo salvaje.	43

	<u>PÁGS.</u>
A un planchador en noche de Carnaval	44
Rapto	45
Un favor (cuento)	46
El poeta y el mundo	51
Voz del siglo	56
El Hambre.	61
* * *	64
La muerte de X	65
Adelante.	69
Primavera.	72
Brindis	74
Vuela, mariposilla'.	76
Mi gloria	79
Rima.	85
Mi último brindis	86



LA IMPRESIÓN DE ESTE LIBRO,
EDITADO POR ALBERTO C. GUIDA,
TERMINÓ EL DÍA 10 DE AGOSTO DE 1909,
EN EL ESTABLECIMIENTO GRAFICO DE M. A. ROSAS.
LO ESCRIBIÓ ALBERTO ESCUDERO.